

esencial de la Divinidad, que ha de ser concebida como una esencia simplicísima, ó no puede ser concebida de manera ninguna. Juntamente con ese dualismo divino viene por tierra la idea de una rivalidad á un tiempo mismo imposible y necesaria; necesaria, porque dos dioses que se contradicen, y dos esencias que se repugnan, están condenadas por la naturaleza misma de las cosas á una lucha perpetua; imposible, porque siendo la victoria definitiva el objeto final de toda contienda, consistiendo aquí la victoria definitiva en la supresión del mal por el bien, ó del bien por el mal, y no pudiendo ser suprimido ni el uno ni el otro, porque lo que existe de una manera esencial, existe necesariamente, de la imposibilidad de la supresión se seguía la imposibilidad de la victoria, y de la imposibilidad de la victoria, objeto final de la contienda, la imposibilidad radical de la contienda misma. Con la contradicción divina, á que va á parar forzosamente todo sistema maniqueo, desaparece la contradicción humana, en que se cae cuando se supone la coexistencia del bien y del mal en el hombre. Esa contradicción es absurda, y como absurda inconcebible. Afirmar del hombre que es á un tiempo esencialmente bueno y esencialmente malo, es tanto como afirmar una de estas dos cosas: ó que el hombre es un compuesto de dos esencias contrarias, juntando aquí lo que se ve obligado á separar en la Divinidad el sistema maniqueo; ó que la esencia del hombre es una, y que siendo una es mala y buena á un tiempo mismo: lo cual es afirmar todo lo que se niega, y negar todo lo que se afirma de una misma cosa.

En el sistema católico el mal existe, pero existe con una existencia modal; no existe esencialmente. El mal, así considerado, es sinónimo de desorden; porque no es otra cosa, si bien se mira, sino la manera desordenada en que están las cosas que no han dejado de ser esencialmente buenas, y que por una causa secretísima y misteriosa han dejado de estar bien ordenadas. Por el sistema católico se nos señala esa causa misteriosa y secretísima; y en su señalamiento, si hay mucho

que exceda á la razón, no hay nada que la contradiga y la repugne, como quiera que, para explicar una perturbación moral en las cosas que aun después de perturbadas conservan íntegras y puras sus esencias, no hay que recurrir á una intervención divina, con lo cual no habría proporción entre el efecto y la causa: basta, para explicar el hecho suficientemente, acudir á la intervención anárquica de los seres inteligentes y libres; como quiera que, si no pudieran alterar de alguna manera el orden maravilloso de la creación y sus concertadas armonías, no podrían ser considerados ni como libres ni como inteligentes. Del mal, considerado como accidental y efímero, pueden afirmarse sin contradicción y sin repugnancia estas dos cosas: la primera, que por lo que tiene de mal, no ha podido ser obra de Dios; la segunda, que por lo que tiene de efímero y de accidental, ha podido ser obra del hombre. De esta manera las afirmaciones de la razón van á confundirse con las afirmaciones católicas.

Supuesto el sistema católico, desaparecen todos los absurdos y quedan suprimidas todas las contradicciones. Por este sistema, una es la creación y Dios es uno, con lo cual queda suprimida, con el dualismo divino, la guerra de los dioses. El mal existe, porque si no existiera ¹, no podría concebirse la libertad humana; pero el mal que existe, es un accidente, no es una esencia; porque si fuera una esencia y no fuera un accidente, sería obra de Dios, criador de todas las cosas: lo cual envuelve una contradicción que repugna á un mismo tiempo á la razón humana y á la razón divina. El mal viene del hombre y está en el hombre; y viniendo de él y estando en él, hay en ello una grande conveniencia, lejos de haber en ello contradicción ninguna. La conveniencia está en que, no pudiendo ser el mal obra de Dios, no podría el hombre escogerle si no pudiera crearle, y no sería libre si no pudiera escogerle ². No

¹ O no pudiera existir.

² En el primer capítulo de este libro demuestra Donoso que la facultad de escoger entre el bien y el mal no es de esencia de la libertad, pues Dios, y los ángeles y santos unidos á Él en la gloria, no por estar exentos de aquella flaqueza carecen de libre albe-

ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea incierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominación y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los Emperadores: en el primer caso, porque el que es uno será perpetuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpetuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que, ó están decididos antes de trabarse, ó no se deciden después de trabados.

CAPÍTULO V

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

Hasta dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creación con tan notable desvarío, es cosa substraída á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradación juntamente en Adán su espíritu y su carne, por orgulloso aquél y ésta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradación física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus varias manifestaciones.

Ya dijimos que el pecado, causa primitiva de toda degradación, no fué otra cosa sino un desorden; y como consistiese el orden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinación jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenían con su Criador, síguese de aquí que el pecado ó el desorden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajación de esas subordinaciones jerárquicas que tenían las cosas entre sí, y de la absoluta en que estaban respecto del Ser Supremo; ó lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazón en que fueron puestas

hay en ello contradicción ninguna; porque al afirmar el catolicismo, del hombre, que es bueno en su esencia y malo por accidente, no afirma de él lo mismo que niega, ni niega lo mismo que afirma; como quiera que afirmar del hombre que es malo por accidente y bueno por esencia, no es afirmar de él cosas contradictorias, sino cosas en que no cabe contradicción, por ser de todo punto diferentes.

Por último, aceptado el sistema católico, cae desplomado el sistema blasfemo é impío que consiste en suponer una rivalidad perpetua entre Dios y el hombre, entre el Criador y la

drío ni dejan de gozar de una libertad perfecta. Aquí afirma Donoso que *el hombre no sería libre si no pudiera escoger entre el bien y el mal*; y de resultas, entre esta afirmación y la precedente, encuentra el Sr. Gaduel una *contradicción palpable* que él describe con el siguiente desenfado: "Algunas páginas antes—dice—hemos visto que la facultad de escoger no era necesaria para la libertad, y que sólo se requería la facultad de querer: ahora nos hallamos con que ya no basta la facultad de escoger, sino que hace falta la facultad de escoger el mal, sin la cual el hombre no sería *ni libre ni inteligente*... No lo entiendo Tan palpable contradicción no puede explicarse sino por la confusión que perpetuamente existe en las ideas y en las palabras del Sr. Donoso, entre la facultad de escoger el mal y la simple facultad de escoger. Esto es ignorar las más sencillas nociones de Teología."

Ya hemos notado antes de ahora que por *facultad de escoger* entiende Donoso la *facultad de escoger entre el bien y el mal*. Esto se ve tan claro en los muchos pasajes citados anteriormente, que para ningún lector imparcial y atento puede ser oscuro. Para enunciar lealmente la idea del Sr. Donoso, debía decir el Sr. Gaduel: "Poco ha hemos visto que la facultad de escoger entre el bien y el mal no era necesaria á la libertad."

Donoso dice, con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, en cuanto la voluntad supone la inteligencia; y que si ésta se halla determinada necesariamente en el orden de cosas necesarias, de tal manera que el hombre no puede, por ejemplo, negar su asentimiento á los primeros principios, ó no querer la felicidad, no sucede lo mismo en el orden de cosas contingentes, como son las acciones humanas, acerca de las cuales la inteligencia y la voluntad se determinan con plena libertad, por sí mismas, sin estar determinadas por ninguna necesidad de la naturaleza. La frase del Sr. Gaduel: *Poco ha se requería la simple facultad de querer*, no interpreta fielmente el pensamiento del Sr. Donoso; debía, como el autor, añadir el Sr. Gaduel con Santo Tomás: "Porque la voluntad sigue á la inteligencia, y todo ser dotado de inteligencia es libre en cuanto es inteligente."

No es más exacto el Sr. Gaduel cuando supone que después de haber dicho Donoso de un modo absoluto que *la facultad de escoger entre el bien y el mal no es necesaria á la libertad*, añade no menos absolutamente que *la facultad de escoger entre el bien y el mal es necesaria á la libertad*. En el primer caso, el Sr. Donoso habla de la libertad en general y no puede poner en su definición sino lo que conviene á todos los seres libres, cualesquiera que sean; luego la *facultad de escoger el mal* debe ser excluída, por no convenir á Dios, ni á los ángeles, ni á los santos. En el segundo caso, Donoso habla de la *libertad del hombre* viador; luego debe incluir en su definición las condiciones particulares á que nuestra libertad se halla sometida. En una palabra: Donoso,

criatura. El hombre, autor del mal, accidental de suyo y transitorio, no es, á manera de Dios, criador, mantenedor y gobernador de todas las esencias y de todas las cosas. Entre esos dos seres, apartados entre sí por una distancia infinita, no hay rivalidad imaginable ni competencia posible. En los sistemas maniqueo y proudhoniano, la batalla entre el Criador del bien esencial y el criador del mal esencial era inconcebible y absurda, porque era imposible la victoria; en el sistema católico no cabe la suposición de la batalla, porque no cabe la suposición de la contienda entre partes, de las cuales la una

después de haber dicho que *la facultad de escoger entre el bien y el mal no es necesaria en el cielo al hombre ni al ángel para ser verdaderamente libres*, añade que aquella misma facultad *es necesaria al hombre en la tierra para ser verdaderamente libre*; pero entre estas proposiciones no hay contradicción alguna, pues la tierra no es el cielo, y las condiciones del estado de viador son muy distintas de las del estado de bienaventuranza.

"El hombre es un ser racional, y por consiguiente libre,—dice Donoso con el Doctor Angélico, pero añade, conforme también con los santos Padres, que siendo el hombre criatura, es por consiguiente imperfecto, y puede abusar de su libertad, prefiriendo el error á la verdad, el mal al bien, ó sea pecando, á menos que por la unión con Dios y su posesión en la gloria quede curado de esta imperfección y hecho impecable. Pero si esto es así, síguese necesariamente, enténdalo ó no el Sr. Gaduel, que suponer al hombre privado del libre albedrío es suponerle privado de razón, y que suponerle sin la facultad de escoger el mal, es suponerle privado del libre albedrío, por cuanto el hombre no es Dios, sino una criatura, y criatura en estado de prueba.

La *palpable contradicción* que atribuye el Sr. Gaduel á Donoso es, pues, imaginaria, lo mismo que la *confusión* que le imputa entre *la facultad de escoger entre el bien y el mal*, y *la simple facultad de escoger*. En las obras del Sr. Donoso las palabras *facultad de escoger* tienen constantemente el mismo sentido y significan *la facultad de escoger entre el bien y el mal*. ¿Dónde está, pues, la confusión? El Sr. Gaduel es quien está en lo vago y en lo confuso cuando habla de *la simple facultad de escoger*. Pero esta facultad supone la de escoger el mal, pues escoger el mal es de todos modos escoger. Luego no se puede sin otra explicación decir que el libre albedrío consiste en esta *simple facultad*; porque entonces Dios no sería libre. El Sr. Gaduel censura á Donoso por afirmar, con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, y esto porque hay cosas, por ejemplo, la felicidad, que el hombre quiere necesariamente y no puede dejar de quererlas. Pero lo que la voluntad quiere necesariamente, también lo elige por necesidad, así como lo que libremente quiere, libremente lo escoge. Luego, mirados por este aspecto, no hay diferencia alguna entre los términos *querer* y *escoger*, y de consiguiente, cuando se quiere emplearlos aislados en el discurso, es menester determinar en qué sentido, se toman. Esto ha hecho Donoso; el contexto mismo de sus frases demuestra que, al usar la expresión *facultad de querer*, no se refiere, á la voluntad determinada por una necesidad de la naturaleza, sino á la voluntad en cuanto se determina libremente según los juicios, también libres, de la inteligencia; y que por *facultad de escoger* entiende, no la voluntad en cuanto escoge entre bien y bien, ó entre mal y mal, sino en cuanto se determina libremente por uno de esos dos contrarios, ó sea en cuanto puede escoger entre el bien y el mal.